

tiempo, la voluntad, la resignación, etc. La pasión que siente Lozano Marco por Azorín se palpa en estos esbozos y ha de estimarse su afán de destilar la esencia del gran escritor del noventa y ocho. Pero esta misma afición junto con la brevedad de estos capítulos impiden que llegue a sondear nuevos terrenos azorinianos.

He aquí un libro magníficamente presentado, y que contiene algunas excelentes reproducciones de los cuadros de Regoyos y Solana que respaldan los juicios y las opiniones de los primeros capítulos. No obstante, las gruesas pinceladas con que Lozano Marco cubre a los artistas y escritores cuyas obras analiza generan un aire impresionista. Tal vez ésta fuera la meta de estos extractos, pero su autor habría hecho bien en seguir los pasos de su querido Azorín, es decir, centrarse en «la descripción o presentación detallada de los objetos» (110) de sus estudios.

Oregon State University

GUY H. WOOD

Pío Baroja. *Opiniones y paradojas*. Prólogo y selección de Miguel Sánchez-Ostiz. Barcelona, Tusquets, 2000, 274 pp.

De todos los puntos pendientes en la agenda de la crítica hispánica uno de los más urgentes es la reactualización de los clásicos. Esta aseveración es válida para los clásicos antiguos del pasado monumental pero lo es sobre todo para los clásicos modernos, los que, por su proximidad cronológica e intelectual, pueden dialogar con nosotros de manera más directa. Desde Galdós y Pereda a Unamuno y Ortega y Gasset, es preciso traer estas figuras emblemáticas al presente, mostrándolos no como venerables objetos sacralizados —por tanto, más allá del análisis y la crítica— sino considerando de qué modo pueden dialogar con nosotros e insertarse de manera activa en nuestro discurso intelectual. Por esa razón, un libro sobre Baroja, donde se reúnen sus puntos de vista sobre numerosos aspectos, desde el nacionalismo al cine, la religión y el arte de vanguardia, es especialmente sugestivo. Un propósito primordial de Sánchez-Ostiz, el autor de la antología, es comprobar si Baroja es «legible» todavía, si nos habla de manera genuina o si solamente es un objeto inerte de museo destinado a la observación y la contemplación. Para ello, Sánchez-Ostiz reúne un conjunto extenso de afirmaciones de Baroja en torno a temas varios. Como Baroja es un autor intelectualmente ambicioso que no vacila en expresar su punto de vista sobre todo, la antología ofrece un vasto y estimulante panorama intelectual de la primera mitad del siglo —desde el nacionalismo y el socialismo al catolicismo y el existencialismo— desde una perspectiva altamente idiosincrática y personal pero también profundamente crítica. La conclusión, después de la lectura del libro, es que Baroja sigue siendo un autor legible siempre que no sea leído de manera torpemente literal y positivista.

Para que Baroja nos hable y dialogue activamente con nosotros debe ser reconfigurado y reubicado en un paradigma hermenéutico que lo redefine tanto dentro de sus parámetros históricos específicos como con relación al marco cognitivo actual. Baroja no es un pensador sistemático y riguroso, sus puntos de vista tienden a ser peculiares e incluso contradictorios y, en ocasiones, desde una perspectiva actual, parecen quedar fuera de lugar. No obstante, a diferencia de otros coetáneos suyos como Azorín o Maeztu, Baroja conecta de manera primaria —y no sucedánea y derivativa— con nosotros porque el núcleo central de su discurso está motivado por la ansiedad y la desazón que las antinomias de la modernidad provocan en nosotros. Por esa razón, Baroja se orienta hacia una visión futurista de la historia al mismo tiempo que observa los estragos de la razón tecnológica; defiende una reorganización, incluso a veces radical, de la sociedad, pero se mueve también por la nostalgia de un pasado ancestral que lleva a sus héroes trashumantes al retorno al *locus* familiar centenario al margen del torbellino del mundo.

Como en Unamuno, el tema nacional español es central en Baroja. Todos los componentes de su grupo de contemporáneos —Baroja se anticipó a la crítica actual más avanzada al rechazar la etiqueta taxonómica del 98— se ven profundamente implicados en la dicotomía España/Europa, que experimentan no sólo como un problema abstracto conceptual o político sino sobre todo como un proceso existencial personal que determina los aspectos más constitutivos del yo. La dimensión sublimadora y espiritualizante de Unamuno y Machado emerge también en Baroja —por ejemplo, en *Camino de perfección*— pero cede progresivamente en él hacia el análisis implacable, inexorable e incluso apocalíptico de *Aurora roja* y *El árbol de la ciencia*. En esta antología es aparente que Baroja no llegó nunca a reconciliarse con las ideas y los hombres de su país. Sus juicios sobre ellos son en general carentes de comprensión y generosidad. Para él, España es un erial cultural y sus hombres responden a ese ámbito humano degradado e inhóspito. De Unamuno, por ejemplo, afirma que «su bagaje [intelectual] no era grande. Sus novelas me parecen medianas y su obra filosófica no creo que tenga solidez ni importancia» (250). Sobre Ortega y Gasset dice que «en su intuición artística, musical y política no creo gran cosa» (193). Manuel Azaña fue un «hombre para ser profesor en un instituto» (36). Juicios tan taxativos y poco sutiles como éstos abundan en la selección, poniendo de manifiesto una mente aguda, pero no orientada hacia el equilibrio y la equidad. Su honestidad y sinceridad son encomiables pero su falta de proporcionalidad resta valor a sus puntos de vista.

Su evaluación de figuras individuales es idiosincrática pero afecta a una sola persona. Su visión de otros valores y temas intelectuales es más inquietante. El nihilismo y la perspectiva apocalíptica de Baroja pueden originar efectos más preocupantes. Un ejemplo es su visión de la democracia: «La democracia quiere suponer que el hombre tiene un fondo de

sabiduría y de buen sentido, lo cual evidentemente no es cierto... concluye en el histrionismo» (76-77). Bajo la influencia de Nietzsche y Schopenhauer, Baroja desconfía de las premisas filosóficas del proyecto de la modernidad que él ve socavadas por la perversidad e incapacidad ingénitas del ser humano. La destrucción más que la estructuración de formas de intercambio social y cultural es la fuerza primordial que lo motiva.

Esta es una antología valiosa. Reúne materiales de Baroja que lo actualizan al hacer que sus juicios incidan en el debate cultural actual y lo amplíen y le den complejidad al revelar las dimensiones históricas de la trayectoria cultural del país a lo largo del siglo. La selección es competente y cuidadosa.

En un momento caracterizado por su obsesión con el *hic et nunc* y la gratificación inmediata de los sentidos más allá de cualquier «distracción» histórica hacia el pasado, la inclusión dentro del presente de la cuña histórica —el lastre pero también la multidimensionalidad que abre el pasado— es un hecho cultural que debe ser bien recibido. Precisamente por su franqueza y su rechazo de la matización, su preferencia por el monólogo sobre el diálogo colectivo —un rasgo nacional común— Baroja nos recuerda que los fantasmas colectivos del pasado —la confrontación más que la convivencia— no están tan lejanos y que, como observaba Georges Santayana, es mejor conocerlos y estudiarlos que olvidarlos o menospreciarlos para no condenarnos a repetirlos.

University of California, Irvine

GONZALO NAVAJAS

Georg Bossong y Francisco Báez de Aguilar González (eds.). *Identidades lingüísticas en la España autonómica*. Madrid, Iberoamericana/Frankfurt, Vervuert, 2000, 190 pp.

El debate sobre lengua e identidad nacional ha sido una constante que ha marcado y servido de trasfondo a numerosas controversias lingüísticas e intelectuales de diversa sofisticación en los últimos dos siglos en todo el ámbito cultural hispánico (véase al respecto la reciente antología *The Battle over Spanish between 1800 and 2000: Language Ideologies and Hispanic Intellectuals*, ed. por José del Valle y Luis Gabriel Stheeman. Londres: Routledge. 2001). Baste como botón de muestra, el todavía controvertido asunto del nombre de nuestro idioma que, desde el célebre libro de Amado Alonso (*Castellano, español, idioma nacional; historia espiritual de tres nombres*. Buenos Aires: Instituto de Filología. 1938) hasta las deliberadamente polémicas intervenciones de Camilo José Cela en los congresos de Zacatecas y Valladolid, todavía enciende pasiones, por las connotaciones no lingüísticas que el uso del término castellano o español pueda tener.

La Constitución de 1978 consagró la co-oficialidad de las lenguas